

# Reproducción

Número 99. — Tomo VI.

15 de Setiembre de 1923.

---

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

---

*Administración:* BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



---

# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.



# REPRODUCCION

No. 99 \* 15 de Setiembre de 1923 \* Tomo VI

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

---

---

## Eco débil

de los artículos que acaba de publicar en "La Tribuna"  
el eximio poeta

José Santos Chocano

revelándose entre nosotros como un sociólogo  
digno de muy alta atención.

El pensador heroico, capaz de estar  
contra la opinión de todos y sobre la  
opinión de cada uno, representa la  
máxima acción en potencia en la más  
alta vida del espíritu.

A un hombre superior se le conoce  
en que jamás se agrupa, ni en la idea  
ni en la acción. Al hombre superior  
que se duerme sobre la comodidad de  
un lugar común, se lo lleva la corrien-  
te de la vulgaridad.

Para sobrepasar el nivel común bas-

ta tener el valor de las propias convicciones y ajustar a ellas la conducta, sin preocuparse de la opinión vulgar. En política la ética superior sólo exige el que se diga lo que se piensa y el que se proceda conforme a lo que se diga. El que no dice lo que piensa, engaña a los demás; pero el que procede en contra de lo que dice, se traiciona a sí mismo. Toda la vida política de la América tropical está hecha de mentiras y de traiciones. Así hasta en los que alardean de excepcional cultura. Repárese en los maestros que en cátedra y tribuna enseñan la Libertad, pero que se oponen a la Libertad de Enseñanza.

La Política es una Ciencia Experimental que forma parte secundaria de la Biología. Para ser sociólogo o político la primera condición es no ser metafísico. En política, yo preferiré siempre el criterio de Einstein al de Bergson. Por eso, todos los filósofos que están conmigo no son metafísicos, sino cartesianos.

Sin la Independencia Económica no

se puede ni se debe hablar de Libertad Política. Ni para los pueblos, ni para los individuos. Tal la razón por la que la Libertad en las Democracias sólo ha engendrado Plutocracias. La preocupación única de los pueblos de la América tropical debe ser su organización y desarrollo hasta obtener la Independencia Económica, sin la que es sólo un fantasma la soberanía nacional. La Biología enseña que los valores de relación — como los políticos — no se pueden considerar sino después de estar formados los órganos y asegurados los servicios de nutrición y crecimiento.

La Libertad individual tiende a imponer o establecer la jerarquía de las máximas aptitudes: es anti-democrática, porque es anti-igualitaria.

La Libertad individual está limitada por la Soberanía, que cuando reside en el pueblo establece automáticamente la Igualdad de todos: así es como el concepto inglés de la Libertad es contrario al concepto francés de la Igualdad.

Temo mucho que la Decadencia política en los trópicos, dentro de una tibieza de costumbres perezosas, dé como natural enemigo del Déspota violento al Sofista inarticulado que hábilmente se escurre, para rehuir la responsabilidad común de las realidades.



## Chimeneas en el Edén

por Charles Merz

(Periodista estadounidense, de 30 años de edad)

### I

Es evidente que entre ciertas personas la edad de las máquinas comienza a encontrar desertores. Una escuela de profetas cada vez más convencidos saludan el advenimiento de una nueva rebelión. La llaman «rebelión contra la moderna civilización industrial,» «rebelión contra el predominio de la maquinaria.»

Y donde primero descubren las señales de la rebelión es en el menos ruidoso de todos los grupos, en el exiguo grupo de la familia cuya cabeza

es «el hombre de negocios cansado.»  
¿Quién no ha oído a este caudillo de la era moderna lamentarse del inmutable transcurso de la vida? Días vienen y días van, y el trabajo impone una misma rutina, un mismo tren suburbano a las ocho y media de la mañana, una misma tarea en la oficina hasta la hora del almuerzo, un mismo tren a las cinco y media, de vuelta a casa, por la tarde. «Tengo que cambiar de vida; tengo que pasar una semana en el Maine.» Y ¡ved cuánta energía se gasta en distraerlo! Centenares de hombres y de mujeres preparan películas de cinematógrafo y fabrican automóviles y buques costaneros que han de navegar por las aguas de Coney Island; de cada tres hombres de negocios cansados, uno tiene un fonógrafo en su casa; hay especialistas que se ocupan en facilitar las veladas de invierno ideando nuevos modos de jugar juegos antiguos, y nuevos deportes se apresuran a llenar los vacíos entre una y otra temporada de *base-ball*, el cual encuéntrase de tal manera extendido que apenas existe una ciudad de veinte mil almas que no tenga su



«liga;» las novelas salen de las prensas con la misma abundancia que los marcos de papel moneda en Alemania; los salones de baile son tan comunes hoy como las cajas de rapé en 1760, con nuevos tangos que se suceden de continuo perennemente; los teatros se multiplican como gérmenes epidémicos; y hay terrenos de jugar *golf* en toda aldea bastante grande para poder ufanarse de su club de excursionistas o de su bomba automóvil contra incendios.

Todo esto se hace principalmente para distraer al cansado hombre de negocios. ¿Se rebelará a pesar de todo? No, por cierto. Los profetas de la nueva rebelión lo consideran como el último de sus reclutas. Sus quejas son un gruñido sin mordisco; pero el hecho de que gruña es significativo de por sí. Pues él es entre nosotros la última palabra en materia de civilización industrial. Si vive en desasosiego, en medio de su propia tierra encantada, si necesita de estos refinadísimos medios de distracción para ser feliz, ¿qué no les pasará a sus vecinos menos afortunados?



Hay un hombre por ejemplo, cuya versión de la «monotonía» del industrialismo moderno no consiste en una historia de trenes suburbanos y de rutina oficinesca, esto es, no consiste en la monotonía de las diversas partes del día, sino en la monotonía que produce el repetir interminablemente, desde la mañana hasta la noche, una operación que sólo dura medio minuto. Yo me he detenido junto al lugar en que trabaja un hombre de cuarenta y cinco años de edad, a quien la civilización moderna no le ha pedido, desde que tenía diez y ocho, sino que haga una y otra vez, millares de veces todos los días, una parte pequeña de un pequeño resorte de una pequeña cámara de fotografía. Jamás ha visto ese resorte colocado en su sitio, ni tiene idea de cuál es su uso. Jamás ha tenido en sus manos una cámara fotográfica, ni le gusta tampoco contemplar fotografías. Y allí está, dándole con el pie al pedal de una máquina infatigable que vomita en un día resortes suficientes para colmar un barril.

No estoy seguro de que los profetas de la rebelión se hallen siempre en

lo cierto cuando dicen que los trabajadores no podrán sobrellevar eso. Pero hay momentos en que es verdad. El número de trabajadores nuevos que necesitan los industriales de los Estados Unidos para reemplazar a los que se marchan por su cuenta o son despedidos, llama a menudo la atención por ser muy grande. Un estudio hecho recientemente en ciento cinco fábricas de todas partes del país, fábricas que tienen un cuarto de millón de obreros, revela que la proporción en que se necesitan esos substitutos es de ciento por ciento anual, lo cual se debe en parte al hecho de que «la repetición continua de un mismo acto resulta a la postre fatigosa.»

Escudríñense los informes de los administradores de las fábricas, escúchese el clamor de los trabajadores organizados en sus convenciones anuales, o, mejor aún, háblese con los obreros de una fábrica antes de que suene el pito que señala el término de la tregua que se les da para que almuercen, y se adquirirá el convencimiento de que el proceso de repetición gana a veces para las filas de los

descontentos tantos adeptos como los salarios exiguos y las largas horas de trabajo. El obrero descontento, cuyo papel es indispensable en la industria, aparece en primer término, en la mayor parte de las predicciones de rebelión contra las máquinas. Pero no está sólo allí. La rebelión, y de ello están convencidos sus profetas, se ha propagado más allá del taller. Ha invadido el arte, la política y la teoría de la administración. Pintores y escultores se revelan contra cánones que consideran arbitrarios. Los reformadores políticos dirigen nuevos movimientos en pro de la autonomía de las ciudades, condados y municipios, movimientos que van contra la centralización política, que ha acompañado a la centralización del poder económico. Los políticos teóricos, que son el polo intelectual opuesto de los cansados hombres de negocios y que están inspirados, ¡cosa extraña!, por el mismo desasosiego, desarrollan nuevas teorías de «pluralismo,» de socialismo de gremio y otras por el estilo, que sirvan de defensa al hombre, como individuo, contra las demasías de la autoridad.

Ni es solamente en nuestra patria donde se oyen estas protestas. También las hay en el Viejo Mundo. El hecho es que en ciertos lugares la amenaza de rebelión ha pasado ya del período de simple quimera. En estas últimas semanas el corresponsal de *The World* telegrafía de Berlín que «la rebelión contra el industrialismo ha sobrevenido en Alemania a la hora más fatídica para ella.» Sugiere que ese problema puede supeditar pronto a todos los demás. «Es una rebelión contra la máquina de la industria, contra la producción intensa, contra el reloj especial que señala la hora de entrada y salida, contra el pito de la fábrica.» Más al sur, en los Balcanes, Mr. Alfred E. Zimmern es uno de los muchos observadores competentes que notan que los gobernantes de las naciones, con los ojos fijos en «la influencia desnaturalizadora del industrialismo,» vacilan en seguirnos «por la triste senda de nuestra historia del siglo diecinueve.» Del lado allá del Bósforo los patriotas turcos de Angora lanzan su desafío contra algo abrumador que denominan «esclavitud al banco del traba-

jo.» Gandhi proclama en la India que nuestra edad moderna es «la edad negra.» En China organizanse aquí y allá planes para abstenerse de comprar mercancías occidentales y hasta huelgas en factorías occidentales que han ido a instalarse en China después de recorrer un camino tan largo fuera de la patria. ¿Por qué sorprendernos? El industrialismo moderno ha entrado en China con la lanza en ristre. Seis centavos es el jornal que se paga por trece horas diarias de trabajo en las fábricas de seda de Chifú. Los mineros trabajan diez horas diarias bajo la tierra durante los siete días de la semana, y no es raro el caso de que los vigilantes les propinen una tunda cuando no sacan del socavón la cantidad que les corresponde. Niños hasta de nueve años trabajan en las fábricas de fósforos desde las cuatro de la madrugada hasta las ocho de la noche. No saco estos datos de ninguna fuente china, sino de un informe de la junta de las misiones extranjeras. «En una fábrica solamente,» declara ese informe, «ochenta de estos párvulos trabajadores tienen que ir todos los días al hos-



pital a someterse a un tratamiento médico. Los vapores del azufre y del fósforo de mala calidad les dañan los ojos y los pulmones. Esto podría evitarse en mucha parte empleando mejores substancias químicas, pero entonces las ganancias de los propietarios no serían tan pingües.»

Existe grandísima diferencia, por supuesto, entre el ardiente esfuerzo que hace por distraerse el cansado hombre de negocios y esta miseria de China. Y con todo, en la misma multiplicidad de aspectos de la «rebelión» descubren sus profetas la evidencia incontrastable de su realidad. Es una rebelión en muchos lugares y en múltiples formas, a veces sentimental, ora económica, ya política. De lo que podemos estar seguros es de que, si esa rebelión está produciéndose de veras, es más fundamental que las amenazas que aparecen de vez en cuando en los títulos de los artículos y noticias de los periódicos, amenazas con las que estamos más familiarizados y en las que se protesta contra el predominio del poder público en el orden existente, y no contra el orden todo.

Una exposición, escrita con singular energía, de los factores fundamentales que entran en la rebelión contra el industrialismo apareció recientemente en *The Century Magazine*, firmada por Nathaniel Peffer. Tan cuidadosamente revisa Mr. Peffer una multitud de protestas distintas, que yo me tomo la libertad de resumir su acusación contra la era de las máquinas, como prólogo de mis propias observaciones.

Mr. Peffer principia por decir que la duración de la vida es larga, y que el hombre y sus obras no pueden juzgarse por lo que han sido desde el año de 1800 hasta el año de 1921. Cuando Dios hace el recuento de su creación comienza probablemente por el principio. Nuestra progenie occidental, aun midiéndola con las medidas materiales, empezó hace poco, digamos siglo y medio ha. Para esa época China, por ejemplo, tenía caminos, sanidad y todo lo demás, tan buenos como los de nosotros y hasta mejores.

¿Cuál ha sido, pues, la contribución de esta moderna edad nuestra? Dos cosas, por encima de todo: la ciencia, por de contado, y el cristianismo. Todo



lo demás: arte, literatura, reglas de conducta, sistemas filosóficos, todos los refinamientos de la vida, en una palabra, los tenían también, y los tienen todavía, las civilizaciones más antiguas; pero la ciencia y el cristianismo son decididamente nuevos.

Es contra la ciencia contra la que arremete Mr. Peffer. Parecele el cristianismo algo que, como es ostentible, no ha podido establecerse en la práctica, y que, por lo tanto, es abstracto y ejerce influencia menos directa sobre la vida de los hombres. Pero sí estamos dominando verdaderamente la ciencia. ¿Con qué fin? Mr. Peffer supone que él mismo estuviera tratando de explicarle la más flamante de nuestras invenciones, el radiófono, a un grupo de amigos chinos, cierta noche, durante una comida. El aparato está instalado en un rincón del aposento. Mr. Peffer entra a explicar por qué, para realizar ese invento, hubo que arrebatarse la electricidad a las nubes y aprovechar la fuerza de las cascadas, tender rieles de ferrocarriles por los campos y obscurecer el firmamento con humaredas, abrir rutas en el aire del cielo

y en las entrañas de la tierra, encerrar hombres en las fábricas, donde no pueden contemplar el espacio ni los árboles, llevarlos con protervo impulso a que se aglomeren en las vastas ciudades industriales. Cuando se encuentra en ese punto de su disquisición, el radiófono rompe a cantar de súbito la canción *I Am just Wild about Harry* (Estoy verdaderamente loco por Enriqueito).

¿En qué se enriquece la vida con todos estos gigantescos adelantos de superhombres? pregunta Mr. Peffer. Se enriquece muy poco, responde. Los mejores frutos de nuestra edad de máquinas son la sanidad, la educación universal, la velocidad de los transportes, la prensa y un tipo superior de vida. Pero la sanidad por sí misma no prueba nada: Atenas era una ciudad inmunda, y sus pobladores, sin embargo, se asemejaban a la imagen de Dios más que los habitantes de Detroit. La instrucción universal es ciertamente algo excelente, pero no hemos conseguido verla realizada; lo que hemos conseguido, a lo sumo, es establecer el universal «alfabetismo.» De nada sirve el

transporte rápido, porque los ojos que no ven y la imaginación obtusa abarcan tan poco en cien mil millas como en ciento. El efecto principal de la prensa ha sido fortalecer la hipocresía y aumentar el singular poder del populacho. Las condiciones de la vida moderna son superiores, es verdad, pero, al obligar a sus servidores a que marchen al mismo paso que un monstruo de acero arrastrado por un poder oculto, ¿produce acaso mayor y más verdadera felicidad?

Mr. Peffer lo duda. El precio que se ha pagado por los beneficios es un precio costoso: los instintos ultrajados por el vehemente impulso de la maquinaria; la belleza muerta; y una rígida igualación que arruina al espíritu. Porque es imposible poseer maquinaria sin producción copiosa, según opina Mr. Peffer; no se puede obtener producción copiosa sin uniformidad de los productos; y no es posible establecer la uniformidad de todos los elementos accesorios de la vida sin uniformar las ideas, la conducta, la moral y las opiniones de los individuos.

Agréguese a esto que es probable

que el industrialismo moderno, al ensanchar el campo de las conquistas, y de ese modo las ventajas que saca de esas conquistas, haya aumentado los motivos de la guerra. ¿Cuál es la verdad? pregunta Mr. Peffer: ¿la ciencia ha proporcionado al hombre la verdadera conquista de la naturaleza o va a destruir al hombre en el acto de vencer?

(Seguirá)

---

## ¿Igualdad natural?

La idea de la «igualdad natural» es una de las más perniciosas ilusiones que hayan afligido jamás a la humanidad.

Es una ficción de la imaginación humana. La naturaleza no conoce la igualdad. Distribuye de una manera absolutamente desigual la salud, la hermosura, el vigor, la inteligencia, el genio,—cualidades todas que confieren al que las posee una superioridad sobre su compañero.

Cada individuo es inevitablemente

el centro de su mundo e instintivamente tiende a considerar su propia existencia y bienestar como asunto de suprema importancia. Cuando no se convence de que las cosas están como él las desearía, o no ocupa el lugar que él cree que le corresponde, comienza a pensar en la injusticia de las personas, individual y colectivamente consideradas. Ahí está el germen de lo que él considera la injusticia social y el punto de origen de su deseo de que los que están arriba descendan, a fin de sentirse él su igual. «Todos somos hombres, todos somos iguales», ese es su raciocinio. De ahí la fórmula simplista del socialismo: distribución de acuerdo con las necesidades. Tales son las bases sentimentales o emocionales de la doctrina de la igualdad natural.

L. STODDARD

(«La Amenaza del Sub-hombre»)

Obsérvese que este luminoso párrafo trata de la «igualdad NATURAL». ¿Existe, entonces, injusticia o error social en el caso de «superioridad natural o intelectual» con «inferioridad social o material» en materia de bie-



nes, oportunidades y condiciones de vida? Por ejemplo: un gran intelecto, con todas las condiciones de moralidad, etc., que exige la sociedad, luchando con la incomodidad y la miseria, el olvido social tal vez,—ante un «burro cargado de oro», lleno de inmoralidad (que su oro le permite cubrir aparentemente), gozando de comodidades y consideraciones sociales, etc.

Nos agradaría la opinión de don Elías Jiménez Rojas, en *Reproducción*.

*Comercio e Industria*, 15 de julio de 1923.

Solamente dos cosas tengo que hacer notar:

1.º Las injusticias o errores sociales son eliminados necesariamente al desarrollarse las sociedades. Para sosegarlos ante los problemas sociales, basta con observar que el bien es lo perdurable; que el mal se mata a sí mismo, tanto en el individuo como en el conjunto de individuos. La estabilidad de una organización depende de su bondad. Cuanto se construya, pues, en contra del principio de la desigualdad natural, está condenado a desplomarse.

Ahora bien, en una sociedad más o menos debidamente organizada, es más o menos imposible que coexistan en una misma persona la «superioridad natural» y la «inferioridad social».

Sin haber vivido en ninguna sociedad ideal, yo no he conocido una persona superior—de veras superior. «sana de cuerpo y alma»—que haya tenido que dolerse de verdaderas incomodidades o miserias.

2.º Lo del «burro cargado de oro, lleno de inmoralidad y gozando de comodidades sociales», es una ilusión. El malvado e ignorante—lo uno es hijo de lo otro—es siempre un infeliz, tanto más desdichado cuanto mayor sea su carga de oro.

E. J. R.

---

## Miscelánea

Algo de lo que dijo LORD MACAULAY, el gran historiador inglés, a Mr. Rand, de Estados Unidos. (*London Quaterly Journal*, julio 1861).

Desde mucho tiempo atrás he tenido el convencimiento de que las instituciones democráticas, tarde o temprano, deben destruir la libertad, o la sociedad, o ambas a la vez. En Europa, donde la población es densa, el efecto de tales instituciones sería casi instantáneo.

Mientras que posean ustedes una ilimitada extensión de terreno fértil y



desocupado, sin población proletaria, serán más ventajosamente acomodados que la misma clase de personas en el viejo mundo; y mientras esto suceda la política de Jefferson podrá existir sin ocasionar ninguna calamidad funesta. Pero vendrá el tiempo en que la nueva Inglaterra esté tan poblada como la vieja. El jornal del trabajador será tan reducido y fluctuará tanto entre ustedes como entre nosotros.

Tendrán ustedes sus Manchesters y sus Birminghams, y en esos Manchesters y Birminghams centenares de miles de artesanos estarán sin duda en algunas ocasiones sin poder hallar trabajo. Entonces las instituciones de ustedes serán puestas a completa prueba. La escasez y la miseria, en todas partes del mundo, ponen descontenta y turbulenta a la gente trabajadora y la inclinan a prestar fácil oído a los agitadores, quienes le enseñan que es una iniquidad monstruosa que un hombre tenga un millón de pesos mientras otro no consigue con qué comer.

En los años malos hay por acá bastantes murmuraciones, y en algunas ocasiones alborotos; pero poco

importa esto, porque los que padecen no son los gobernantes. El poder supremo está en manos de una clase de sociedad, verdaderamente poco numerosa, pero selecta y educada; de una clase que tiene la consciencia de estar profundamente interesada en la seguridad de la propiedad y el mantenimiento del orden.

Por esta razón los descontentos son firme, pero benignamente refrenados. El mal tiempo pasa sin que se quite nada a los ricos para aliviar a los indigentes.

Las fuentes de la prosperidad nacional principian a correr de nuevo; el trabajo se aumenta, el jornal sube, y todo recupera su tranquilidad y alegría habituales.

Lo que sucedió en Francia poco ha, es un ejemplo. Pueden pensar ustedes que su país está exento de estos males. Yo francamente le confesaré que soy de una opinión enteramente diferente. La suerte de ustedes la creo infalible, aunque diferida por una causa física.

He visto a Inglaterra en tres o cuatro ocasiones pasar por épocas tan críticas

como la que acabo de indicar. Por tales épocas tendrán que pasar los Estados Unidos en el transcurso del siglo venidero, si no en el presente. ¿Cómo pasarán ustedes por ellas?

De todo corazón deseo a ustedes una salvación feliz. Pero mi razón y mis deseos están opuestos entre sí, y no puedo menos que presagiar lo peor. Es muy evidente que el Gobierno de ustedes no podrá refrenar jamás a una mayoría agitada por la miseria y el descontento, porque entre ustedes la mayoría es el Gobierno, y tiene a los opulentos, que siempre forman la minoría, absolutamente a su merced. Vendrá día que en el Estado de Nueva York una gran multitud de gentes de las que ninguna haya tenido más que un medio almuerzo ni espera tener más que una media comida, elegirá una legislatura.

¿Es posible dudar de la clase de legislatura que en tales circunstancias sería escogida? A un lado hay un estadista predicando la paciencia respecto a los derechos legítimos y una observancia estricta respecto de la fe pública. Al otro hay un demagogo

voceando y disparatando sobre la tiranía de los capitalistas y usureros y preguntando por qué a un individuo debe permitirse beber champaña y andar en coche, mientras millares de gentes honradas carecen de lo necesario para mantenerse.

¿Cuál de los dos oradores lleva más probabilidades de ser elegido y escuchado? Yo seriamente temo que ustedes en alguna ocasión de adversidad como la que dejo indicada cometan algún acto que alejará la prosperidad de su país. Algún César o algún Napoleón arrebatará con mano fuerte las riendas del Gobierno, o la República de ustedes será tan espantosamente robada y devastada por los bárbaros del siglo xx como fué el imperio romano en el v, con la diferencia de que LOS HUNOS Y LOS VÁNDALOS DE USTEDES HABRÁN SIDO ENGENDRADOS DENTRO DE SU PROPIO PAÍS Y POR SUS PROPIAS INSTITUCIONES.

(Tomado de *La América*, de J. V. Lastarria).

\*  
\* \*

La principal razón alegada en favor de la extensión del sufragio ha sido

deshecha por la historia. Véase lo que dice Ostrogorski en su célebre obra *La Democratie et les partis politiques*, hablando de Inglaterra — «la tierra clásica de la libertad»:—

«Se sabe que la corrupción electoral ha sido desde hace muchísimo tiempo el hecho constante y la llaga de la vida política inglesa. En el tiempo, ya lejano, anterior a 1832, cuando existían *burgos podridos*, las sillas parlamentarias eran vendidas al mejor postor o bien eran vendidas por las corporaciones municipales oligárquicas que poseían la franquicia electoral. En los lugares en que era más considerable el número de los electores, se les compraba individualmente, al menos a aquellos que estaban en venta. La abolición de los *burgos podridos* y la extensión del derecho de sufragio operadas por el gran *Reform Bill*, generalizaron este último método. El *Corrupt Practices Prevention Act* de 1854, con sus prescripciones minuciosas y sus penas severas, no logró cambiar las costumbres. La nueva y mayor extensión del derecho del sufragio, en 1867, que debía hacer difícil la co-



rupción a causa del número excesivo de personas que habría que comprar, no ha dado mejores resultados. *Simplemente han bajado los precios* en fuerte proporción, sobre todo después del *Ballot Act* de 1872, que *introduciendo el voto secreto*, ha impedido saber si el elector vendido *se ha realmente ejecutado*. Los precios exorbitantes que eran pagados, en el último momento del escrutinio público, a los electores cuyos votos podían hacer inclinarse la balanza, han pasado al dominio de la historia y casi al de la leyenda. Por el contrario, las formas benignas o disimuladas de la corrupción han tomado un vuelo considerable.»

... «Los gastos ilícitos hechos por los candidatos ingleses en 1880, han sido evaluados en 75 millones de francos.

En 1883 se adoptó un nuevo *Corrupt Practices Act* que trató de suprimir la corrupción en sus fuentes, prohibiendo el empleo de los electores en la campaña electoral, fijando el máximo de gastos que un candidato podía hacer sin exponerse a la invalidación, y prohibiendo la «*influencia indebida*» —

o sea las diversas formas de presión e intimidación. Gracias a la claridad con que habían sido previstas las cosas y a las penas establecidas, la reforma produjo buenos resultados por un rato. Pero pronto encontraron los partidos la manera de burlarla.

En fin de cuentas, puede afirmarse que la extensión del sufragio no ha disminuido la corrupción; antes bien la ha aumentado. Lo único cambiado ha sido la forma: a la corrupción individual ha sido sumada la corrupción colectiva. Se bota el dinero en dádivas a las instituciones religiosas influyentes, a los clubs de recreo, etc., en fiestas, en ovaciones y en la difusión multiforme de falsas promesas a los pueblos; promesas de cambios de tarifas y contribuciones, promesas de caminos, de escuelas, etc., etc.»

.....

«El *self-help* (¡ayúdate!) no es ya la religión nacional. El escudo del inglés no ostenta ya la divisa: *Yo solo y mi derecho*. Y podría tal vez decirse que es simbólico el espectáculo que hemos presenciado personalmente: se llega en automóvil a la casa de un humilde



elector y se suplica a éste que tenga la bondad de montar para ir a depositar el boletín de voto que se pone en sus manos.»

Si Lord Macaulay hubiera vivido 30 años más, habría presenciado también el actual eclipse de la libertad en su propia Vieja Inglaterra.

E. J. R.

\*  
\* \*

...Tengo razón aun en la práctica; porque sé que estoy solo; pero si yo fuera MUCHOS, si fuera NUMEROSO, formaría un partido que, ya colocándose en el plato de la derecha, ya en el de la izquierda, impidiera que la balanza se inclinara a un lado o al otro y la obligara a mantenerse en el centro justo; que protegiera siempre a aquellos—fueran los que fuesen—en quienes se violara la libertad, sólo la libertad.

E. FAGUET

\*  
\* \*

Recuérdese nuevamente el comentario de *The Boston Herald* con motivo de la elección del presidente Harding, recientemente fallecido:

«Ella significa algo más que un cambio en el partido del gobierno. Significa el retorno al gobierno de un partido responsable, después de ocho años de dominio intolerante—e intolerable—de un solo hombre. Significa el cambio completo en los procedimientos, en los ideales, en los fines. Pone a la cabeza del gobierno a un hombre que no es demasiado orgulloso para pedir consejos, que los pedirá en vez de despreciarlos, y que perseguirá el bien del país entero, de todos sus grupos y regiones, todas las comunidades e intereses, ampliamente y altruistamente, sin ninguna obsesión personal de infalibilidad de juicio».